

Modernidad evidente

En muchos casos El Salvador ha logrado ubicarse en posiciones de importancia a escala mundial, sobre todo cuando se trata de las privatizaciones que se han realizado en algunos servicios.



Los defensores a ultranza del libre mercado, al referirse a las transformaciones que ha experimentado el país a lo largo de dos décadas, con frecuencia aluden al éxito de la privatización en sectores estratégicos como el financiero, las telecomunicaciones y el de energía eléctrica. En realidad, la modernidad es evidente y, hoy en día, El Salvador cuenta en estos campos con servicios de categoría mundial.

Sin embargo, los adversarios más radicales del sistema de precios ven en este caso y en el de la apertura de la economía, el fracaso de la ofensiva neoliberal, a la cual le achacan todos los problemas que vive el país, así sea la mala distribución del ingreso, la pobreza estructural, el deterioro

del medio ambiente o la delincuencia rampante.

No obstante, juzgar el progreso de un país por el aumento exponencial del parque vehicular, la proliferación de teléfonos celulares, la atomización de los vuelos hacia el norte; mientras más de las dos quintas partes de la población viven bajo la línea de pobreza, tampoco resulta un ejercicio edificante y, mucho menos, ético. El solo incorporar en el análisis el deterioro de las condiciones de vida de la clase media ya debería ser suficiente para dimensionar el contraste entre la sociedad que idealizamos hace dos décadas y la realidad actual. Pero, ¿dónde radica realmente el problema?, ¿es acaso el modelo económico, la gestión del mismo, o simplemente

nos equivocamos de tajo al aceptar acríticamente una reforma económica que prometía mucho, pero que en los hechos no era suficiente para enfrentar los problemas de desarrollo, porque en su concepción había propósitos que no eran precisamente los que preconizaban los organismos internacionales? Por ejemplo, Federico Hernández, al comentar la disertación de Francis Fukuyama en lo que corresponde a El Salvador, señala lo siguiente:

“Con respecto a El Salvador, por cierto, Fukuyama cae en un imperdonable error de apreciación: vino a decirnos que nuestro país es un ‘pequeño milagro’ porque siguió al pie de la letra las directrices del consenso de Washington, cosa que, sobre todo si fuera cierta, debería ruborizarnos. ¿Por qué? Porque ni aquel formulismo económico era infalible, ni debemos los liberales aceptar recetas jamás, por muy venidos del norte que sean”.

Coincido con Federico y agregaría algo más. Gran parte del error de los artífices de la nueva economía fue ignorar que, cuando se inició la reforma económica y se firmaron los acuerdos de paz, el mundo ya giraba alrededor de un proyecto político que se había configurado con la trilateral 15 años atrás y solo trataron de aprenderse los prolegómenos en que se sustenta el mercado y el mismo sistema capitalista. Parece que no lo

lograron del todo y mucho menos lo aplicaron con solvencia.

Las encuestas de opinión, que se hicieron más frecuentes a partir del momento en que la economía nacional entró en un prolongado letargo, son la mejor evidencia de que los sucesivos gobiernos de Arena, si no fueron insensibles del todo a las demandas sociales, tampoco les dieron la importancia que merecían. En esto, hay que rescatar la idea de que las percepciones sobre el desempeño de la economía gravitan bastante en las actitudes de los electores. Si esto es así, podríamos decir que los esfuerzos que se hicieron en la cuarta administración de Arena para diluir los desatinos cometidos con anterioridad, más respondían a un intento de sublimar la propia gestión que a un compromiso genuino con los más vulnerables. Y acaso, más a un liviano esfuerzo de contrarrestar la ofensiva chavista, que a un acto de contrición ante el descrédito en que, progresivamente, fue cayendo el modelo neoliberal como tal. Sin embargo, esto último se convierte en un tema espinoso cuando se trata de las grandes definiciones en busca del favor del electorado. Al respecto hay que recordar que en el punto más crítico de la campaña electoral, tanto el candidato de Arena como el del FMLN coincidían en lo pernicioso del fundamentalismo económico.

En realidad, la falta de equidad en los patrones de crecimiento tuvo como corolario el surgimiento de una suerte de "tercerismo", que es hacia donde, al menos en apariencia, apuntaban las visiones de dos partidos que surgieron bajo una línea

de pensamiento económico, político y social, totalmente contrapuesta. Obviamente, el mensaje de los señores Funes y Ávila estaba impregnado de un fin electorero sin precedentes, pero tampoco podía pasarse por alto el hecho de que los anteriores gobiernos hicieron relativamente poco para conciliar la eficiencia con acciones de mayor alcance para reducir la brecha social y, en general, avanzar más en el combate a la pobreza extrema.

Mensajes en la campaña electoral

¿Qué podía pasar por la mente del ciudadano más o menos informado de esas ofertas de precampaña, sin pasar por alto que, unas más y otras menos, simple y llanamente llevaban la impronta de una crítica a su propio partido y a los gobiernos surgidos del mismo? En un contexto más amplio desde el punto de vista histórico, hay un hecho innegable: El Salvador se encontraba, a principios de la última década del siglo pasado, en una situación realmente dramática como producto del conflicto y una situación económica sumamente crítica.

Con la reforma iniciada en el primer gobierno arenero, la situación en este último aspecto empezó a dar un giro de 180 grados. Dos años después, vendría la paz y con ello nuevas esperanzas. La reforma continuó, pero los beneficios económicos y sociales languidecieron. Todo esto corría en paralelo a una dinámica política que, por largo tiempo, se había venido decantando en contra del partido gobernante. Al menos, eso decían las encuestas donde la situación económica y la delincuencia aparecían como constantes en un ambiente de creciente polarización.

“ Sin embargo, los adversarios más radicales del sistema de precios ven en este caso, y en el de la apertura de la economía, el fracaso de la ofensiva neoliberal, a la cual le achacan todos los problemas que vive el país, así sea la mala distribución del ingreso, la pobreza estructural, el deterioro del medio ambiente o la delincuencia rampante. ”

La opción en el campo económico sigue siendo la misma después de dos décadas y que el mercado no puede ser desplazado por el Estado. Sin duda la normativa para regularlo tiene que ser más estricta y coercitiva para evitar que los excesos de los agentes económicos den al traste con la misma libertad. El punto está en saber si el cambio histórico que dio el país en el plano político con las elecciones del 15 de marzo de 2009 será bien interpretado para comenzar un nuevo capítulo —haciendo acopio de la historia reciente— o, simplemente, haremos borrón y cuenta nueva de lo que hicimos o

dejamos de hacer, para empezar a recorrer otra ruta.

La partidización de la economía sigue estando ahí. Así, mientras los seguidores del pensamiento ultra liberal hablan de la necesidad de mantener la gestión económica dentro del molde que empezó a definirse en la administración Cristiani, los detractores del sistema capitalista se inclinan, sin ruborizarse, por un modelo de gobierno y conducción económica al estilo venezolano, ecuatoriano y boliviano. En cualquier caso, los enfoques contrapuestos no dejan de ser estériles, especialmente en sociedades como la salvadoreña que ya experimentó con una gestión económica excesivamente ideologizada. Este criterio también podría aplicarse al partido en el poder, si no fuera porque el presidente Funes se ha ubicado en el medio —que en todo caso me parece lo más sensato—

cuando postula por la instauración de un verdadero modelo de economía social de mercado, como fue planteado por FUSADES hace veinticinco años. El gobernante se separa de la línea radical del FMLN que lo llevó al poder y de los fundamentalistas del mercado. Conciliar es el reto y la sociedad nacional e internacional no da tiempo para nuevos experimentos. Quisiera recordar aquellos desafíos que según nuestra opinión debía enfrentar el primer presidente de la dinastía de Arena ya antes planteado: La paz, la reactivación económica, la reducción del tamaño del estado, el déficit fiscal, el desequilibrio externo, el saneamiento del sector financiero, la privatización, las relaciones internacionales y la moralidad y la ética en el servicio público. Agregar que en ese momento idealizábamos un proyecto político, económico, social y cultural de largo plazo, que

sería la base para la transformación integral de El Salvador. Obviamente, el primer y más importante paso era la consecución de la paz. Esta afortunadamente se logró, pero no estoy tan seguro de que la hayamos administrado bien. En los aspectos estrictamente económicos, el déficit está a la vista y no pueden permanecer ocultos detrás de aquellas expresiones de modernismo que disfrazan una situación social realmente lacerante. Mientras tanto, la delincuencia y la corrupción arremeten cada vez con mayor fuerza contra nuestra débil institucionalidad. Ante este cuadro, el riesgo de involución siempre existe, razón suficiente para que muchos hayamos pasado de la ilusión al desencanto. En cualquier caso, creo que el pecado original está en que como sociedad no hemos aprendido de la historia. Ni de nuestra ni de la historia universal.

